

terrible estaba trazado para conmover los ánimos. Y cuando ya los tenía profundamente conmovidos, levántose á buscar al único responsable de tamaños males, al que gobernó sin oír las Cámaras, ni la prensa; al que comprometió el ejército francés allende el Océano, en Méjico, mientras su astuto vecino triunfaba en Sadowah; al que condujo las negociaciones diplomáticas hasta llevar Francia al aislamiento y la guerra, hasta llevarla fatalmente á la derrota. Sustituir la nacion al Emperador: este era el pensamiento de Favre. Gambetta lo sostuvo, lo amplió, lo redujo á esas fórmulas fulgurantes que son verdaderos relámpagos de una tempestad de elocuencia. Por fin pronunció la terrible palabra, la palabra destronamiento. El gobierno y la Cámara no aceptaron la idea del nombramiento del Comité de defensa nacional. Pero no lo aceptaron porque dijeron que la Cámara y el gobierno eran este Comité. Observad, sin embargo, un gran fenómeno social. La palabra destronamiento cayó allí donde están los candidatos oficiales, los cortesanos del César, sin que levantase una protesta. Como resonara esta palabra el día que sea pronunciada en los oídos del pueblo, diezmado en la noche de Diciembre, proscrito del derecho, amordazado hasta en su conciencia, conducido ayer entre esbirros á la esclavitud, y hoy entre pretorianos á la muerte.

Pero puede decirse que el destronamiento fué declarado con toda claridad al comienzo de la sesión siguiente. El ministro de la Guerra dió esplicaciones á la Cámara sobre el mando del ejército. Debe constar, dijo, que el general Bazaine no tiene hoy ningun superior. Fuera de él, y sobre él no hay nadie. El diputado Saint-Hilaire preguntó: ¿es Bazaine generalísimo? Sí generalísimo, respondió el ministro. Y la guardia imperial, ¿quién la manda? preguntó el diputado Cochery. La guardia imperial, dijo Palikao, es un cuerpo como cualquier otro, y está á las órdenes del general en jefe, á las órdenes de Bazaine. Despues de esto nadie estrañará que el viejo

Bezoine haya pedido la supresion de la lista civil, y el reparto de esos dos millones de francos mensuales entre los heridos, y las familias de los muertos, víctimas todos de los errores bonapartistas. Nadie estrañará tampoco la protesta de Julio Ferry desde la cima de la tribuna contra una proclama escrita por el Emperador, al separarse de Metz. Nadie estrañará que preguntados los ministros sobre si eran gobierno de las Tullerías ó gobierno de la Cámara hayan contestado que gobierno de la Cámara. Así los telegramas de la guerra, son por Bazaine al ministro del Interior enviados sin que suenen los nombres ni del Emperador ni de la Emperatriz.

Y yo pregunto, y conmigo pregunta toda Europa: ¿Qué es hoy el Emperador Napoleon? Jefe de la nacion, y no da órdenes. Generalísimo del ejército, y no manda un soldado. Personificacion altísima, y única del poder ejecutivo, y los ministros se glorian de no depender de su persona. ¿Qué es? ¡Él! dueño de Francia; ¡él! que ponía límites al espíritu de la gran nacion; ¡él! que llevaba en su palabra la paz, ó la guerra del mundo; ¡él! que á una señal mandaba ejércitos al combate, como los antiguos Césares, gladiadores al circo; ¡él! aislado, solitario, preso de su propio pueblo, herido por el desprecio universal, despojado de sus insignias imperiales, caido furtivamente, debe aparecer á sus propios ojos como la sombra de un sueño. Caer, caerá en el olvido, en el desprecio; tener por término de su vida la indiferencia pública; ignorar qué es, qué significa, qué representa; no poder mandar el ejército que tanto le ha aclamado, ni volver á su capital; no adivinar cuál sea hoy la autoridad de la esposa á quien confió la regencia, ni mañana la suerte del hijo á quien deseó unguir con el óleo napoleónico de la victoria; ¡oh! todos estos dolores no los habíamos adivinado ni sus mayores enemigos, porque ninguna conciencia individual puede sustituirse á la implacable justicia del eterno. La humanidad está vengada.

CAPITULO XXXVIII.

ERRORES.

Día 17 de Agosto.

El ejército francés abandona todas sus posiciones. La fuerte línea del Mosela queda desamparada. Los franceses corren á presentar la batalla en la línea del Marne, en Chalons, sobre los campos catalaúnicos, donde fué vencida la furia de Atila. Pero esta retirada no es una retirada libre y fácil, no. El príncipe Carlos se desliza por las fronteras del Luxemburgo á impedir ó molestar la retirada. El rey Guillermo hace frente al grueso del ejército mandado por el mariscal Bazaine. El príncipe real se adelanta por las llanuras de la Lorena. Un destacamento de su caballería llega á Nancy, la capital de tan fértiles regiones. En la estación del ferro-carril prende al jefe y dos soldados; en la playa toma posesion de la ciudad en nombre del rey Guillermo. Luego reúne el ayuntamiento y demanda una contribucion de doscientos mil francos. El Ayuntamiento regatea y entrega cincuenta mil. Los soldados alemanes dicen que cincuenta mil francos son bien poca cosa para una ciudad de tan bellos edificios. Lo cierto

es que nosotros españoles no podemos comprender cómo una capital, de treinta mil habitantes, cabeza de una de las regiones más feraces de Francia, se entrega á treinta ginetes, sin la menor resistencia. Así comprendemos la patriótica indignacion de Gambetta, los sollozos que anudaban su garganta, las lágrimas tempestuosas que caian sobre su rostro cuando desde la tribuna leía en un fragmento de periódico el relato de estas desventuras de Francia, que ni siquiera habian llegado á noticia de los representantes del pueblo.

Día 18 de Agosto.

Llegan nuevas de un terrible suceso. Hay en París un barrio, radicalmente republicano, el barrio que eligió á Rochefort, la Villette. Varios ciudadanos de este barrio dolíanse de que el gobierno les negase armas, y trataban de procurárselas para combatir hoy al extranjero, mañana al tirano. En su ardimiento, en su ira, acusaban al gobierno de complicidad con el enemigo y de tener por miedo á los republicanos los cuarteles hen-

chidos de soldados y los ciudadanos sin armas. Luego Rochefort, el constante defensor de la democracia, el diputado de aquel distrito, el más terrible enemigo que tiene el Imperio, Rochefort yace en la cárcel, á pesar de haber cumplido su condena y de estar los tribunales sin autorizacion para retenerle preso. Todas estas consideraciones les enfurecen. Uno propone ir al cuerpo de bomberos, asaltarlo, coger las armas, repartírselas, y con ellas libertar á su diputado, á su héroe, al jóven que representa la democracia en toda su pureza y el derecho del pueblo en todo su vigor. Funesta idea es la idea de atacar un Cuerpo de bomberos. Si hay soldados que deban tener el sello de sagrados son esos ciudadanos que desinteresadamente se consagran á velar por la propiedad ajena y á defender vidas y haciendas, contra los estragos del fuego. Los ardientes del barrio no se paran de ninguna manera ante estas consideraciones y atacan al Cuerpo de bomberos. Hieren á varios de estos soldados de la paz, y matan á uno. Sucedió ante este atentado lo natural, sucedió la indignacion de los vecinos. Para más conmooverlos uno de los tiros lanzados en la refriega, mata á una pobre niña en brazos de su madre. El grito de «espías, prusianos, extranjeros,» corre de boca en boca. Los agentes de la autoridad van á pelear en defensa de la ley auxiliados por los ciudadanos, que á pesar de su exaltacion republicana, creen ver en aquel atentado un atentado á la patria. Persiguen pues á los revolucionarios, los cogen, los golpean, los insultan, los amenazan de muerte, y es necesario que la autoridad se revista de toda su energía para evitar que los truciden, y se repartan sus despojos en holocausto á la independendencia de la patria. Todo el mundo cree ver en estos hechos maniobras prusianas. Nuestro embajador en París, que es anti-prusiano, llega á ver hasta la existencia de federicos de oro en los bolsillos de los conjurados. Yo me esplico este desgraciado accidente por las emociones na-

turales en algunas muchedumbres parisien- ses, que exagerando la democracia, tocan ya en los límites de la demagogia, de ese elemento donde toda democracia se corrompe. Los motores han sido presos y entregados á los consejos de guerra. Dentro de breves dias serán fusilados. Nueva sangre, nueva sangre. Y todo esto pasa en el cerebro de la tierra, en la capital de la civilizacion moderna. ¡Qué vergüenza!

Dia 19 de Agosto.

He dejado para hoy las últimas operaciones militares á fin de poder reunir las en breve cuadro, en el cual se destaquen los hechos positivos, indudables, todavía ocultos en la oposicion de los partes, contradictorios entre sí como partes enemigos. Desde el dia 14 hasta el dia de hoy, hemos recibido noticias de cuatro combates. Y lo peor del caso es que franceses y prusianos se atribuyen la victoria. Esto no puede suceder verosimilmente, sino en situaciones tan difíciles y en lances tan arriesgados, como los lances que corren y las respectivas situaciones en que los dos ejércitos se encuentran. Despojado Napoleon del mando supremo, puesto Bazaine á la cabeza del ejército, debió variar de todo en todo el plan de campaña. Ya no es la guerra una guerra ofensiva y de conquista, sino una guerra defensiva y de independendencia. Pero segun los imperiales, su éxito debe librarse, no á una serie de pequeñas escaramuzas, y de encuentros guerrilleros, sino á una grande y decisiva batalla. Darla en el rio Mosela, tan cerca de los campos ilustrados por las victorias prusianas, y de las bases ya sólidas de sus operaciones, era difícil para el ejército francés. Vencido este, quedaba expedito el camino de la capital, y caian por su propio peso las fortalezas de Metz y de Estrasburgo en manos de los enemigos. Es necesario, indispensable atraerlos lejos de su base de operaciones, internarlos en el corazon de Francia, y dar allí una batalla que, ganada por los franceses, podria ser decisiva contra los prusianos, for-

zados á pasar en desórden tres rios, y las líneas de fuego que formarian las fortalezas, y las poblaciones levantadas por el aliento creador de la victoria.

Esta maniobra era tanto más necesaria, cuanto que el ejército del rey, el ejército del príncipe Carlos, y el ejército del príncipe heredero, forman como una media luna, destinada á redondearse, y coger en su centro sin defensa todo el resto de los ejércitos regulares de Francia. El pensamiento militar de los prusianos debe reducirse á evitar esta concentracion.

El dia 14 comenzó la retirada de Metz. Una mitad del ejército pasó sin ningun género de inconvenientes á la izquierda del Mosela. Pero en cuanto comenzó este paso la segunda mitad fué detenida por los cuerpos del ejército alemán. El combate duró cuatro horas, y las pérdidas de una y otra parte fueron como siempre horribles. Los franceses se atribuyen la victoria porque los prusianos en realidad, no los lanzaron de sus posiciones protegidas por el formidable Metz, y los prusianos se atribuyen la victoria porque en realidad separaron una mitad del ejército de la otra mitad, é impidieron á esta segunda mitad el paso del Mosela.

El Emperador noticia á la Emperatriz este más afortunado encuentro desde Longueville, villa de 700 habitantes, situada á la izquierda del Mosela, célebre por sus viñedos y á cinco kilómetros de las fortalezas de Metz. El parte produce indignacion en París. No quieren los parisenses que el jefe del Estado se mezcle en las operaciones de la guerra. Telégrama matrimonial, doméstico, llaman al parte de la batalla, telégrama de *menage*.

Los otros combates se han dado á la orilla izquierda entre Mare-la tour y Brieg. En estos combates, los franceses han recobrado su antigua pujanza. Desesperados han combatido, y en su desesperacion, si no han ganado una victoria, han ganado fuerza moral. Los regimientos de caballería que llevan el

B.

nombre de Bismark han sido materialmente aniquilados. Los muertos son tantos, que uno de los generales prusianos ha pedido armisticio para enterrarlos. El general Bazaine ha negado el armisticio. Seis generales de uno y otro lado han caido. El número de víctimas apenas á los ánimos más varoniles, y todo el mundo se pregunta acongojado si la civilizacion de la libertad y de la ciencia ha perecido para dejar paso tan solo á la guerra y á la matanza.

Los dos ejércitos no han conseguido su objeto. Ni el francés avanza en su retirada, ni el prusiano corta esta retirada, funesta para sus armas, si es completa. Lo inexplicable es que el ejército del Príncipe real no haya podido venir á tiempo, y reuniéndose á los dos ejércitos del rey Guillermo, y del Príncipe Carlos terminar esta guerra que llena de sangre el suelo, de miasmas el aire, de dolores el corazon y de sombras la conciencia humana.

Dia 20 de Agosto.

He reunido ayer mis impresiones. Y como habreis visto, no eran desfavorables al ejército francés. Sin embargo, el telégrafo, que con sus corrientes de electricidad cambia la corriente de las noticias, me las da hoy favorables á los prusianos. El Mariscal Bazaine no ha cambiado la táctica política de sus precedesores; ocultar las adversas y exagerar las favorables, salpimentándolas con alguna mentira. Anunció que le habian pedido armisticio, y es falso. Anunció que detenia su marcha para proveerse de municiones, y detenia su marcha por una razon sencillísima, porque no podia continuarla. Es una derrota no haber podido andar en seis dias treinta kilómetros que dista Metz de Verdun. Si hubiera llegado á esta última ciudad, mudo testigo de tantas glorias francesas, su retirada á Chalons estaba asegurada, y la situacion del ejército prusiano, obligado á buscarle en aquellos reductos, era por extremo comprometida y difícil. Para combatir en retirada

94

necesitaba ganar ruidosísimas victorias, porque el ejército prusiano, convencido de su falsa posición delante de Chalons, debía á toda costa obtener una victoria delante de Metz.

La intentó el catorce á la orilla derecha del Mosela y no alcanzó el prometido éxito. La mayor parte del ejército francés había pasado á la izquierda. Desde el día quince hasta el día diez y ocho, los prusianos ni un momento han dejado descansar al ejército francés. Once horas combatieron el quince, y cuando parecían desfallecidos por tanto esfuerzo, reaparecieron el diez y seis en línea, y apercebidos á nuevos combates. El príncipe Carlos, incansable, con una actividad febril, y una fiebre heroica, el diez y ocho detenía el inmenso ejército francés que alcanzaba cerca de doscientos mil hombres, sin tener él más que noventa mil escasos. La muerte se paseó como una furia entre aquellos apiñados batallones. En su cavernosa boca desapareció la flor del ejército alemán. Pero los franceses no anduvieron ni un kilómetro. Su retirada se detuvo delante de aquel heroísmo sobrehumano, que si apena por lo sangriento, maravilla por lo sublime. Veinticinco mil hombres murieron de uno y otro lado. Quince mil desaparecieron sólo del ejército prusiano. Pero este recogió dos mil prisioneros, entre los cuales iban dos generales, y contó por trofeos de tan señalada victoria, dos banderas y seis cañones.

Sin embargo, el diez y ocho hicieron los franceses un esfuerzo supremo, y los prusianos otro supremo esfuerzo. Para el mariscal Bazaine, Verdun era toda su salvación. Para el rey de Prusia, impedir la llegada á Verdun el objetivo de su esfuerzo. Para dar descanso á los cuerpos del príncipe Carlos y del general Steinmetz, el rey de Prusia trajo el diez y ocho su cuerpo de ejército. Os copio el parte del rey en toda su sencillez. «18, á las nueve de la noche. El ejército francés que ocupaba una fuerte posición al Oeste de Metz, ha sido

» hoy atacado bajo mi mando y tras nueve horas de combate, derrotado, cortado en sus comunicaciones con París, y constreñido á refugiarse en Metz.»

Horrible desenlace que puede dar por completamente perdida esta campaña si Francia no extiende sobre sus ruinas la bandera de la República y no levanta en armas todos sus hijos para vencer, ó al menos para morir, en nombre de una de esas grandes ideas, por las cuales no se siente la muerte, en nombre de una de esas ideas, que centuplica las fuerzas humanas, en nombre de la libertad y de la República.

Día 21 de Agosto.

El General Palikao niega en pleno Cuerpo Legislativo la exactitud de las victorias atribuidas por el telégrafo al rey de Prusia. Mi ánimo es imparcial. Recibo diariamente en el Congreso así los partes de origen prusiano, como los partes de origen francés. Encuentro que unos y otros ocultan algo de la verdad, y lo siento. Paréceme impropio de hombres callarse las desventuras. Los americanos del Norte anunciaban lisamente sus desastres. Yo comprendo el misterio en las operaciones por hacer; no lo comprendo ni lo justificaré nunca en las operaciones ya hechas. ¿Era el objetivo del ejército francés llegar á Verdun? ¿Lo era? ¿Ha llegado? No ha llegado. ¿De quién la victoria? De quien lo ha impedido. Es así que el ejército alemán lo ha impedido; luego el ejército alemán es el vencedor y el ejército francés el vencido. Este raciocinio no lo pueden desmentir las negativas de Palikao, sino la fuerza inconstable de nuevos hechos. El ejército imperial se halla, pues, cercado en Metz, é incomunicado con el ejército de Chalons.

Le llamo ejército imperial á ese ejército francés, tan desventurado en la presente guerra, porque me parece que el Emperador renace en el campamento, á pesar de que caiga en el Congreso. Destituido del mando supremo, nada tenía que hacer en el ejército.

Su resolución fué sabia, retirarse del campo de batalla. Sus amigos mismos le habían escupido y despojado del manto de abejas. Edmundo About, decía: Imperator quiere decir general vencedor; desde el momento en que sólo es general vencido, no es Emperador. Napoleon III debía presentirlo, recordando la historia de Napoleon I. El cesarismo amasa de cieno las almas cortesanas. Y esas almas cenagosas sólo pueden adorar al dios

éxito, y sólo se entregan á la fortuna y al poder. Los vencidos no tienen nunca razón á sus ojos. El crimen coronado y armado les parece la justicia. Esas almas, que han revoloteado en torno del trono donde se asentó la victoria sobre el derecho y la justicia durante diez y ocho años; esas almas tienden nuevamente su vuelo hácia el disco de la victoria, sea cual fuese. El despotismo no es tan malo por lo que oprime como por lo que corrompe.